

Lo que sigue en la *lira joven* y destemplada del señor Acosta es una herejía, digo, una elegía, aunque de las dos cosas tiene.

Sin dejar por eso de tener tantos ripios, cuando menos, como la *oda con motivo de la abolición de la esclavitud en el Brasil*.

Y eso que la *oda con motivo, etc.*, tiene muchos.

Cosa que las suele pasar á todas las *odas con motivo*.....

Empieza el señor Acosta su «elegía en la muerte de Montalvo», diciendo:

«La musa del dolor, virgen austera...
Que erra por el azul.....»

¡Hombre! ¿Que erra?... Y ¿qué verbo es ese?.....

Porque si es el verbo *errar*, se dice yerra...

¡Hasta las conjugaciones hay que enseñar á estos *poetas volterianos!*.....

Después dice prosaicamente que

«A la región *obscura* de la muerte
El alma de Montalvo ha descendido
Cediendo al peso de una ley *secreta*.....»

¿Secreta? ¡Pues vaya un secreto!... Secreto á voces.

¿Dónde habrá vivido el señor Acosta para que le parezca un secreto eso de que todos nos tengamos que morir?...

Añade que

«Cayó envuelto en el *velo*,
Velo denso y obscuro (y duplicado)
De la *tiniebla helada*,
El rostro vuelto al *impasible cielo*.....»

Y así por este estilo sigue la pedrea de epítetos contra todo: contra el cielo inclusive.

Y habla de un sacerdote que levanta la hostia

«Para dar á las almas *cual preseas*,
La santa comunión de las ideas.....»

¡Es claro! Habiendo de dar un consonante á *ideas*, ¡*cual preseas!*...

Aunque no se sepa, como efectivamente no se sabe, si *cual preseas* es la comunión, y en este caso no hay concordancia; ó *cual preseas* son las almas, y en este caso no hay sindéresis.

¡*Cual preseas!*...

Después de llamar un sinnúmero de motes al alma, entre otros, *leve gota*, *eco lejano*, *gemebunda nota*, *león crinado* y *paloma*, y á la paloma *lirio que vuela*; después de hablar de

«El *espantoso pólipa del odio*,

tres asonantes y una sola extravagancia, y de decir que

«Por eso el huracán *con ruda saña*
Destronca el roble y deja en pie la *caña*,

se descuelga con este renglón, que él buena-mente creerá verso:

«¡Un alma que se va! ¡Oh miseria humana!»

Y cuando cree uno que ya escampa, vamos, que ya cesa la granizada de epítetos, vuelve con más fuerza en esta forma:

«Si con empuje *bárbaro y violento*
El hacha *cruel* destroza.....
(¿La prosodia? ¿El acento?)
El árbol *viejo* que nos dió sustento,
Frescura y *grato* abrigo
Con su sombra *amorosa*.....»

De donde parece deducirse que en la América Central se sustenta la gente con ponerse á la sombra de los árboles.

Por lo menos el señor Acosta parece decir, si vale la sintaxis, que el árbol *viejo* le dió,

con su sombra *amorosa*, á más de frescura y grato abrigo, también sustento.

Sólo con su sombra *amorosa*; no con sus bellotas, verbigracia, si era un roble, que esto nada tendría de extraño.

Después llama á Montalvo *sabio ilustre*, y echándole flores, dice:

«Porque es *urna* de amor su *excelso* espíritu
Y *asidero* de santas afecciones
Su corazón.....»

¡Han visto ustedes qué motes más raros!
Un espíritu diz que es una *urna*, y un corazón un *asidero*.

El diablo no discurriría más.....

Sigue hablando de Montalvo, y dirigiéndose al pueblo, exclama:

«Aquél que te mostró á la luz *inmensa*
(Verso que lo será metido en prensa)
Que *eterno* vierte sobre el mundo *entero*
El *perfil luminoso* de Lutero.....»

¡Ave María Purísima!

Este *poeta* no está en su sano juicio.

Porque eso de ponerse ahora á echar piropos á Lutero, que no vertió luz ninguna, ni fué más que un pobre diablo, esclavo de los apetitos carnales más bajos é innobles, además de herejía y blasfemia, es una locura.....

¡Pobre señor Acosta!

¡A qué hora se le ha ocurrido meterse á luterano!

¡Perdonadle, Señor! No sabe lo que dice.

Por eso, después de decirnos que á Montalvo

«El odio de las turbas le persigue
Como jauría *hambrienta, cruel y alevosa*
(Eche otro epitetillo! ¿No se atreve?)

y después de hablarnos como de cosa averiguada de

«El rencor de la escama hacia la pluma»,

blasfema otra vez diciendo:

«De su labio inspirado
Brotó el rudo anatema
Que condena, *rodando por el mundo*,
Con la ira terrible de la ola,
A Felipe segundo
Y á Ignacio de Loyola».

¡Perdonadle otra vez, Dios de mi alma!

Y vos, San Ignacio bendito, alcanzadle del Señor un rayo de luz á este pobre muchacho, para que conozca su propia insipiente.

Que es tan grande, que le hace alabar á los herejes, insultar á los santos y negar la fe cristiana, figurándose sin duda que él, á los veintidós años, y sin estudiar casi, ha descubierto la verdad, mientras que los grandes talentos que han consumido toda su vida en

el estudio y han vivido y han muerto defendiendo la fe de la Iglesia Católica, no han sabido de la misa la media...

Perdonadle, Dios mío!

Cerca ya del final, y siempre en malos versos y sin poesía, nos descubre el Sr. Acosta su religión, diciendo:

«Abundancia, alegría
En el hogar, *el alto como el bajo*,
Y profesando todos los mortales
Sólo una religión: ¡la del Trabajo!»

De los demás.

Esto no lo dice el señor Acosta; pero no hace falta.

Porque me parece que él no se arrimará mucho al trabajo, cuando se entretiene en escribir malos versos.

Y tampoco suelen trabajar nada los que por acá predicán la religión del trabajo, aunque, como el señor Acosta, escriban trabajo con T grande.

Por fin la elegía, ó herejía, ó gormenil de ellas, concluye de la prosaica y rípiosa manera siguiente:

«Duerme por fin en paz, duerme el que hacía
Con heroísmo, con grandeza suma
Que huyera hosca y sombría
A los botes de lanza de su pluma,
(¡Vaya una imagen... de caballería!)
Espantada la negra tiranía.»
(¡Uf! ¡Cuánta poesía!)

La siguiente composición está dedicada a Abelardo, y como todas, empedrada de ripios.

Véase la clase:

«Bajo las anchas, espaciosas naves
Del templo majestuoso, que severas
Extiende sus arcadas y columnas
En gigantesca expoliación de piedra
Y el órgano imponente con sus notas
Solemnes graves, religiosas llena...
Mientras del coro las aladas voces
Por el recinto venerable... etcétera.

Y todo es así.

Menos algún verso que además de rípioso es duro, inarmónico y largo, como este:

«Ley que hado hurraño aquí en el mundo guiar.»

O como este otro

«Tu vida fué una tempestad deshecha.»

Después se mete á labrador, y... es claro; se conoce que ha trabajado poco, y que la religión del Trabajo, con T grande, la quería para los demás efectivamente; porque habla de yerbas negras, y cree que en las eras es muy necesaria el agua, y que en las eras es donde nace el trigo...

«Lo que sufre el labriego cuando tiende
Su mirada de amor por las sedientas
Eras que el riego fecundante aguardan
Para trocarse en mar de espigas trémulas...»

No, hombre, no. Las eras son para trillar, y cuanto más secas estén, mejor, y cuanto menos llueva en la temporada de la trilla, mejor también.

De modo que el labriego no sufre cuando las eras están secas, sino cuando se mojan.

Y por eso cuando se habla de una cosa inútil, por ejemplo, un libro de versos malos, se suele decir: «Hace la misma falta que el agua para trillar»; con lo cual se da á entender que no hace falta ninguna.

¿Se va usted enterando?...

Pues también debe usted enterarse de que no sabe usted hacer versos alejandrinos. Y de que los que usted da como tales, no lo son; porque aunque tengan catorce sílabas no tienen acento.

Dice usted:

«De la montaña á veces en la cima fermenta
Preñada de huracanes la sombría tormenta
Que en benéfica lluvia se desata por fin».

Para que estos versos, prosaicos y llenos de ripios, como todos los de usted, fueran alejandrinos, necesitaban estar acentuados de este modo:

«De lámón taña á veces en lácima fermenta
Preñada de huracanes lasómbria tormenta
Que en béne fica lluvia se désata por fin.»

Y si no lea usted aquellos de Zorrilla:

«¿Quién ante tí parece? ¿Quién es en tu presencia
Más que una arista seca, que el aire va á romper?
Tus ojos son el día, tu soplo la existencia.....»

Pero donde está sobremanera gracioso, es decir, sobremanera ripioso el señor Acosta, es en la sección titulada *Albums y tarjetas*.

¡Qué cosas ha escrito allí!

Una:

«EN EL ÁLBUM DE A. C.

después de oirla cantar el *Vorrei morire*»

No sé lo que le sucedería á uno después de oír á la señorita A. C. cantar el *Vorrei morir*; pero después de leer lo que esa señorita A. C. inspiró, cantando el *Vorrei morir*, al señor Acosta, le da á uno gana de morirse, no solamente

«A primavera e sul morir del giorno»,

como dice la romanza de Cognetti, sino aunque sea

«Allor che varia si fa scura, scura»,

y á cualquier hora del día y en cualquier estación del año.

Para no tener que leer de nuevo los versos del señor Acosta, que dicen:

«Tu voz oí, entre aplausos y loores
E hiciste, con tu acento cadencioso,

A los *tiernos* y *arpados* ruseñores
Con la *dulce* agonía de las flores
Morir de sentimiento *melodioso*.

¡Caracolini!... ¡Vaya un acento... *cadencioso!*... Hacer morir á los ruseñores, que, además de ser *tiernos*, son también *arpados*; y hacerlos morir, no con una muerte cualquiera, sino con la *dulce* agonía de las flores, que no han resultado ni dulces ni amargas, ni siquiera fragantes, porque no cabía ningún otro adjetivo en el verso.....

¡Ah! y luego no se contentó con hacer á los ruseñores morir *de sentimiento*, lo cual, así sencillamente, no sería nuevo del todo, porque de eso murieron los Amantes de Teruel, según dice el cantar (1), sino morir *de sentimiento melodioso*.....

Pero no paran aquí las cosas, ni los desbarros poéticos de don Vicente.

Aún hay en el mismo álbum otra estrofa que dice:

«¡Tú tienes más de un corazón cautivo!
Tú eres gala, esplendor de estos vergeles,
(¿De cuáles?... ó... ¿de *cucles?*)
Luz de tu hogar, *do ardiendo en fuego vivo*,
Un poeta hay.....»

(1)

Los Amantes de Teruel
Murieron de sentimiento,
Yo también me moriré
Si no logro lo que intento.

¿Un *poetay?*... ¿Y qué viene á ser un *poetay*, ó con qué se come?

Ya, si hubiera usted dicho un *poetayo*, bien se conocía que quería usted decir un mal poeta; lo uno porque es castizo el despreciativo en *ayo*, por más que la Academia no le conozca, como *fontayo*, *bobayo*, *sosayo*; y lo otro porque, descomponiendo la palabra *poetayo*, resultaba *poeta-yo*, es decir, usted, que también es lo mismo que decir poeta mediocre.

Bueno, sigamos leyendo:

«¡Tú tienes más de un corazón cautivo!
Tú eres gala, esplendor de estos vergeles,
Luz de tu hogar, *do ardiendo en fuego vivo*,
Un poeta hay que reclina *pensativo*...
(¿Cuerno, qué verso más interminabl... tivo!)
La cabeza cargada...
(*Ya se conoce*)
La cabeza cargada de laureles».....

¡Vamos!

¿Pero cómo habrá creído el señor Acosta que es verso endecasílabo eso de

«Un poeta hay que reclina *pensativo?*.....»

Porque ya no basta, para que lo sea, decir *poetay*, sino que es necesario decir *potay*.

«Un *potay* que reclina *pensativo*.....»

Y luego..... *pensativo* ¿por qué?

A más de que tampoco se sabe si aquel *do* es de pecho... quiero decir, que no se sabe si

se refiere al hogar ó á la luz ó á la señorita A. C.... Vamos, que no se sabe si se quiere decir que el *poetay* vive en el hogar de la señorita A. C., lo cual parece inverosímil, ó que el *poetay*, que reclina pensativo la cabeza cargada, está ardiendo en el fuego vivo de la luz de *tu hogar*, que, piadosamente pensando, será la luz de los ojos de la dueña del álbum.

No se sabe nada.

Pues á la señorita E. A. la dice el señor Acosta.

«Las gracias en ti han formado
Su nido bello, encantado».

¡Qué facilidad!

No aquella *facilidad difícil* de que hablaba Moratín, sino facilidad fácil, verdaderamente fácil y al alcance de todas las fortunas poéticas.

Y aun de las antipoéticas.

¿Bello no concierta con formado? Pues se añade *encantado*.

O viceversa.

¿«Su nido encantado», no tiene bastante extensión para ser verso octosílabo?

Pues se le mete en el medio un *bello*, y... verso corriente.

Pasando más adelante
Dice el autor tan campante.

«A. M. T. M.

«En el castaño oscuro de tus rizos,
(Color de que ya pasan tus postizos)
En tu boca rosada,
En tu porte gentil, de tus hechizos
Se admira el esplendor, niña agraciada».
(Fuera del bodrio y de los ripios nada).

En otro álbum:

«Hay tanta claridad en tu alma bella
Que, á través de ese velo de *puesía*
Parece que llevaras una estrella
En el fondo del alma, amiga mía».

¡Parece que llevaras!...

¿Si habrá gallegos en la América central y será gallego el señor Acosta?...

Porque los gallegos son los que confunden así los tiempos.

Debo advertir que el señor Acosta no escribió *puesía* en el segundo verso, sino poesía. Pero dejó tan poco sitio á la palabra dentro de la medida, que poesía no se puede pronunciar, sino *puesía*, como yo lo he escrito.

Porque la *o* no puede formar diptongo con la *e*, mientras que la *u* sí le forma.

Pero estas son demasiadas matemáticas para el señor Acosta, que sabe el castellano... así, al poco más ó menos.

Y sigue:

«Te envuelve tal atmósfera de encanto,
Que parece, cuando hablas vagas cosas,

Que en la *temblante* música de un canto
(¿Rodado?)
Cayeran tus palabras *hechas rosas*.

Cayeran... otra vez... Se dice cayeron.
Cayeran dicen

Los gallegos en Galicia
Cuando van en procesión... etc.

Y aunque no vayan.
Y diga usted, si no es mala pregunta:
Eso de parecer que *cayeran* las palabras
hechas rosas ¿no sucede más que cuando la
dueña del álbum habla *vagas cosas*?...

«A. T. G.»

Verán ustedes lo que la dice á T. G.

«Hay en tu ser un no sé qué que...» (¿qué?)

Nueve monosílabos seguidos, ni uno me-
nos, en un verso de once sílabas.

Así:

«Hay-en-tu-ser-un-no-sé-qué-que-encanta,
Algo que embriaga dulcemente el alma:

(Asonantitos además)

Parece que *anidara* en tu garganta...

¡Nada! que le ha dado por ser gallego...
Ya tienen un refuerzo los de la *Cruña* para
defender la Capitanía general...

Y al cabo ¡como eran ya poco terribles
ellos solos... con Sánchez Bregua!
Y con doña Emilia, por supuesto.

«Parece que *anidara* en tu garganta,
Mientras alcanzas la gloriosa palma,
Un ruiseñor que enamorado canta».

Como ustedes ven, el penúltimo verso es
todo él un ripio que no tiene más oficio que
servir de consonante al segundo.

Y ahora, *mientras* el autor *alcanza la glo-
riosa palma*, que no la alcanzará, de seguro,
ahí va una *Campoamoriana*. Advirtiéndolo á
ustedes que es el autor quien tiene el atrevi-
miento de llamarla así.

«CAMPOAMORIANA

(A una amiga hermosa é inteligente)

Oyeme. (*Bueno: aunque me cueste un susto,*
Te voy á oír; Demontre!)
Oyeme: es un axioma *sin segundo*
De la filosofía de los hombres,
Que no hay cosa más grata en este mundo,
Que soñar imposibles, *no te asombres*.)

No me asombro, no. Yo no me asombro ya
de nada. Y de ese *no te asombres*, menos; por-
que le conozco mucho de haber leído á Ca-
rulla, y á Cánovas, y al marqués de Heredia,
y á Catalina.

En viendo un verso terminado en *hombres*,
Ya sé que viene cerca el *no te asombres*.

Así como después de un *mundo*, suele venir un *sin segundo*. Pero algunas veces viene antes.

Y sigue el campoamoriano galaico-americano:

«Yo soy un soñador *incorregible*:
Me *atrae*, me *seduce*, me *embelesa*,
(¿Nada más?)
Ese hermoso fantasma *el imposible*,
Que me llena de sueños la *cabeza*.»

La cual, aunque esté llena de sueños ó de disparates, no es consonante de *embelesa*..., no, señor campoamoriano.

¡Mi querido don Ramón! ¡Qué rival le ha salido á usted en el centro de América!...

¿Ha visto usted?.....

Despídase usted ya de la fama, y... le acompaño á usted en el sentimiento.

Otra cosa... cortita, pero sin gracia.

«A S. M.

Me dicen que por tus gracias
Te atraes los corazones.
Dichosa la que tal hace;
Disfrutará eternos goces.»

Amén.

¡Ah! señor Acosta; una palabra más.
No vuelva á decir:

«Amores de palomas
Que *aparejadas* vuelan.»

Pues las palomas no vuelan *aparejadas*; porque *aparejadas*, para inteligencia de usted, no quiere decir «en pareja», sino «con aparejo».

Y sin más por hoy, dé usted expresiones á Lutero y á Voltaire, que si algún día, lo que Dios no quiera, va usted á verlos al infierno, se van á reir de usted muchísimo.